



SCHOLA DELENDAE EST?

¿Quién diseña los planes educativos? ¿Con qué criterio se impone dicha legislación? ¿Debemos permitir que la escuela sea reducida a una simple fábrica de trabajadores? ¿O como institución pública debe prestar un servicio a la sociedad y formar ciudadanos conscientes, cultos y libres?

Pascual Gil Gutiérrez

Prólogo de Andreu Navarra

PASCUAL GIL GUTIÉRREZ

Schola delenda est?

*A mis padres, Loli y Rafa,
y a mi mujer, Mirian,
que siempre están ahí para mí.*

'apostroph ensayo

© de la obra: Pascual Gil Gutiérrez

© de la edición: Apostroph, edicions i propostes culturals, SLU

© de la cubierta: Apostroph

© de la fotografía de cubierta: Adam Jones, bajo licencia Creative Commons —

Atribución-CompartirIgual 2.0 Genérica. *Escuela abandonada - Pripyat Ghost Town - Zona de exclusión de Chernobyl - Norte de Ucrania - 08*. 18 mayo 2016, 04:35. Modificada en encuadre (cubierta) y en color (páginas interiores).

ISBN: 978-84-124504-5-3

Edición: Apostroph

Corrección: Dièresi

Diseño de cubierta: Apostroph

Maquetación: Apostroph

Primera edición en papel: junio 2022

Primera edición digital: junio 2022

Apostroph, edicions i propostes culturals, SLU

www.apostroph.cat

apostroph@apostroph.cat

Reservados todos los derechos, a excepción de la fotografía de la cubierta y el interior. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo

Alienación, leyes educativas y ovis

En otoño de 2020, Pascual Gil irrumpía en los llamados claustros virtuales con una columna que causó sensación: “Confesiones de un *millennial*”¹, en la que, por una parte, nos compartía su experiencia como docente y, por otra, también la de quien acababa de dejar de ser alumno. Como profesor, Pascual Gil afirmaba que

[...] miro a mi alrededor, a mi contexto, a mi sociedad, a mis antiguos compañeros y solo constato el fracaso de 30 años de constructivismo, de 30 años de fe ciega en un paradigma educativo con mimbres cuasi religiosos.

Como exalumno aún muy cercano al otro lado del aula era todavía mucho más explícito:

El resultado real, el que no permite opinión, ha sido desmoralizador para nosotros, para los protagonistas. Ahí va: la vaciedad de estos planteamientos, escondida tras su pretenciosa y salvífica puesta en escena, solo nos despertaba desazón ante la insoportable obviedad de estar perdiendo el tiempo, de no estar aprendiendo nada en medio del sopor generalizado, de estar siendo tomados por tontos por alguien o por el sistema, de divagar soñolientos entre evidentes vaguedades.

Que un joven profesor de historia —Pascual tenía 25 años cuando escribió lo que antecede— desvelara lo que tantos otros sospechábamos, que el abuso de frivolidades neopedagógicas aburría en general al alumnado, fue importante. El alumnado no tiene nunca voz, ni se le escucha ni se le toma nunca en cuenta a la

hora de elaborar las bobadas trufadas de patrañas que proceden de las altas esferas. Si a este aburrimiento le añadimos el evidente perjuicio que supone implementar sistemas de “alienación” —la palabra que, acertadamente, utiliza Pascual Gil para referirse a los pedagogismos mesiánicos—, el resultado vuelve a acercarse a lo “paranormal”. Cambiar una escuela que igual funcionaba o que lo hacía parcialmente por un sistema de alienación, es decir, una construcción claramente antiilustrada y antidemocrática, es el proceso que está ocurriendo ahora mismo, bajo la máscara de un falso debate enconado entre metodologías.

Es como si un colectivo se dividiera a la hora de decidir si una cartera es verde o azul mientras le estuviera siendo robada esa cartera llena de billetes de banco.

¡Qué diferencia entre lo que traen los nodos oficiales y lo que nos cuenta Pascual! ¿Aportamos un botón de muestra? Procedamos, un delirio leído cuando empezaba a pensar en lo que iba a escribir en este prólogo, de ayer mismo, 3 de septiembre de 2021: “El Gobierno intenta “exprimir” el diálogo con la comunidad educativa para sacar adelante las reformas con consenso”². Analicen, por favor, el anterior titular, ni que sea para darse cuenta del nivel de surrealismo —o de “paranormalismo”, como escribe Gil— al que están llegando las cosas. La oración, además, nos proporciona una idea de cómo marchan los asuntos en este país. El deber de la sociedad civil, en este caso, la “comunidad educativa”, lo que se espera de ella, es que se sume a un “consenso”. Y el diálogo a “exprimir” debería servir para que llegue ese anhelado “consenso”. El problema es que esta nueva reforma educativa es ridícula. Ese el obstáculo real a la hora de “consensuar”. Una mente racional, o un trabajador mínimamente honrado, no puede aceptar lo que a todas luces es una disposición contra natura. Consensuar sin dialogar es una cosa imposible, un disparate puro. Pero es que la enseñanza

sin enseñar que llevamos quince años soportando en este país no supone un punto de partida mucho más racional.

Donde no hay voluntad de hablar, donde no hay voluntad de construir democracia, no puede haber consenso. Las memeces oficiales han alcanzado tales cotas que han caído en el saco de las cosas que resultan insoportables para un público culto: los currículos parecen autoayuda, las bases teóricas, trufadas de tópicos y pseudociencia, podrían ir a parar al estante de la parapsicología y las crónicas de los buscadores de ovnis. De hecho cualquier material sobre ovnis o extraterrestres parece más probable y resulta más interesante que esa ya enorme balumba de majaderías que los docentes han de tomarse a chacota para no ponerse a llorar. Por no hablar de la humillación que supone tener que ser dirigido por quien no tiene ni la menor idea de lo que está hablando.

Por eso Pascual Gil es importante. Porque no sólo es un gran profesor y un agudo columnista, sino porque desafía de cara tanta mediocridad y tanta mentira. Digámoslo claro: la comunidad educativa está harta de bulos, de clasismo y de paraísos pintados. Hay sed de verdad, sed de democracia. Sed de altura, y hartazgo de mediocres perorando imposibles.

Lo cual no quiere decir que la ideología neoliberal dominante continúe arrasando con todo, generosamente financiada a través de capital privado y público.

Pascual es importante, en primer lugar, porque domina la prosa ensayística a la perfección. Porque está trabajando en su tesis doctoral, porque conoce a los clásicos. Porque acaba de hacer lo que al sistema le interesa que no haga nadie: convertirse en un ciudadano crítico, en un joven informado, que se lo ponga difícil a toda clase de tiranuelos cotidianos y mediocres encumbrados. Pascual es un humanista, digámoslo sin ambages, y cuando le preguntan cómo es posible que haya estudio y risas e interés en

sus clases, responde que da clase. Y escribe sobre este hecho radical, el dar clase, desde la realidad de aula, en la que pasan cosas maravillosas que merecen ser protegidas: lecturas compartidas, debates, auténtico aprendizaje. A Pascual le apasionan la Revolución Francesa y los romanos. Es un hombre que sabe vivir y que sabe enseñar a pensar y a escribir.

Y ahora, además, hace libros.

En segundo lugar, porque Pascual Gil es un hombre libre. Esta condición no debería sorprendernos, pero en un país tan partidista y tan amigo del chanchullo y del pasteleo, esta limpieza moral es totalmente destacable. Lo que desvela este libro es de enorme interés civil. Gil consigue demostrar que las pedagogías centradas en la emocionalidad son focos de manipulación y de control social, y lo consigue con tal contundencia científica que haríamos bien en tenerle en cuenta y empezar a rectificar. No sólo desgrana los orígenes políticos e ideológicos del proceso actual de destrucción de la escuela pública, sino que va deshojando, una por una, cada una de las mentiras metodológicas y mitos en las que se basa nuestra legislación actual.

El problema es que los encargados de intentar esa gigantesca rectificación no entenderían ni media palabra de este libro o de otros parecidos.

Echen un vistazo a la bibliografía que cierra el volumen y llévense las manos a la cabeza. Todas las mentiras, todos los filosofemas cutres descartados desde hace años por la ciencia seria es lo que venimos aplicando últimamente para perjuicio irresponsable de nuestra juventud. Volver a una postura ilustrada resulta la única opción viable: de la milagrería sólo nos salvará ya no el racionalismo, sino la mera racionalidad.

No es bueno que una democracia se base durante tanto tiempo en la política ficción, en los fraudes de una clase antiintelectual engañosa. El 10 de mayo de 2015, desde las páginas de *El*

Periódico, el pedagogo Gregorio Luri ya nos avisaba de que hacía demasiado tiempo que la política educativa española no era más que una fachada. Su columna se titulaba “Las leyes educativas como política ficción”³, y eso que la inquietante LOMLOE aún tardaría más de un lustro en llegar. Luri escribía, hace seis años ya:

Lo que me preocupa es si las metodologías que se ponen de moda están sustentadas en evidencias científicas o si solo son innovadoras. Hay una amplia literatura crítica con muchas de las prácticas que se presentan aquí como innovadoras, aunque tienen cien años de antigüedad.

Y más adelante:

Lo que las críticas a cada una de las leyes que hemos tenido ponen de manifiesto es que nuestros poderes públicos son incapaces de conseguir consensos amplios para sus propuestas.

Aquí seguimos encallados. Los poderes siguen improvisando basándose en modas, cada vez más alejados del sano reformismo y de toda racionalidad. Naturalmente, hacen el ridículo, pero esto no parece inquietarles. Porque aprueban medidas propagandísticas, sin ningún interés real por la mejora de las condiciones del aprendizaje.

Para mí es un honor que los editores de *Schola delenda est?* me hayan pedido prologar este ensayo sobre educación real, este ensayo sobre la mediocridad oficial. Porque mi papel consiste en estar con los jóvenes, manteniéndome yo mismo ágil y joven en la medida de lo posible, y lejos de los gerontocratismos que, por desgracia, siguen malogrando nuestra democracia. Por mucho que lo intenten, los Álvaro Marchesi, César Coll, Antonio Soler, Alejandro Tiana, Eduard Vallory, Mar Romera no lograrán convencerme. No lograrán convencerme con su nihilismo. Porque

cualquier propuesta que se imponga por encima de la duda razonable y del diálogo leal llega deslegitimada por las malas formas. Y si además las imposiciones oficiales llegan impregnadas de misticismo patronal y de estamentalismo autoritario, los motivos para permanecer alerta se multiplican.

No, no me han convencido. A Pascual Gil tampoco. Pero tampoco a otras jóvenes investigadoras: Ani Pérez, o Marta Ferrero. Ellas recogen el testigo de otros escritores mayores que abrieron camino: Ricardo Moreno Castillo, Gregorio Luri, Alberto Royo, pero lo suyo nos interpela más, nos apetece más, porque su juventud nos confirma en la buena dirección. La del rigor científico, la del humanismo, la del diálogo y la inquietud social, limpia de hipotecas y de hipocresías. La dirección que apuntaba Marina Garcés con su *Escuela de aprendices*⁴. Y además nos permiten imaginar una nueva izquierda con responsabilidad civil.

Porque eso es lo que es Pascual Gil: un profesional responsable y de izquierdas. Nada más y nada menos que eso.

Estos investigadores jóvenes no son los cínicos que han redactado los adefesios legislativos habituales. Como me comentaba el también profesor y escritor Manuela Buriel hace poco en una mesa de un encuentro, “a pesar de todo, la vida se abre paso”. La juventud no es esta subclase sometida que pretenden acallar y sobornar con juguetes y condescendencia. Los mejores de nosotros nos exigen rigor y políticas contra la desigualdad. Los que se arrodillan ante la banca y la OCDE, y encima tienen la desfachatez de presentarse como reformistas humanitarios, aplicando recetarios vetustos y austericidas, trufados de tópicos, han perdido todo su crédito. Lo perdieron hace años y hace también décadas. Son la personificación de la somnolencia y la rutina. Si aguantan es por el apoyo de los partidos políticos y por los cheques de la banca. Contra esa masa de vejestorios mentales va dirigido este libro concreto y potente, la pregunta que lanza un joven profesor a la

cara de los políticos mediocres que nos dirigen, que nos llenan cada día de vergüenza ajena: ¿por qué destruyen ustedes la educación pública? ¿De verdad no les da vergüenza?

Andreu Navarra

Badalona, 6 de octubre de 2021

Gil, Pascual. “Confesiones de un millennial”. *Magisterio*, 22 de septiembre de 2020. Disponible en: <https://www.magisnet.com/2020/09/confesiones-de-un-millennial/>

Omedes, Elena. “El Gobierno intenta ‘exprimir’ el diálogo con la comunidad educativa para sacar adelante las reformas con consenso”. *20 Minutos*, 3 de septiembre de 2021. Disponible en: <https://www.20minutos.es/noticia/4841638/0/el-gobierno-exprime-el-dialogo-con-los-actores-implicados-para-sacar-adelante-las-reformas-educativas/>

Luri, Gregorio. “Las leyes educativas como política ficción”. *El Periódico*, 10 de mayo de 2015. Disponible en: <https://www.elperiodico.com/es/opinion/20150510/las-leyes-educativas-como-politica-ficcion-4174347>

Garcés, Marina. *Escuela de aprendices*. Galaxia Gutenberg, 2020.

Primera Parte

Del ser y el saber

Una escuela progresista incita a los estudiantes a descubrir el heliocentrismo por sí mismos¹

Los niños descubrieron el fuego por su cuenta acercando lápices a los enchufes

Señalando que es poco pedagógico que el profesorado imponga sus ideas a los niños, los alumnos del colegio público Aloe Vera son forzados a descubrir por sí mismos que la Tierra gira alrededor del Sol, que los humanos descienden de otros mamíferos o que el lenguaje verbal puede plasmarse en papel mediante grafías sencillas.

“La educación siempre ha sido unidireccional: el alumno se limitaba a memorizar. Nosotros creemos que lo democrático es que el alumno recorra por sí mismo los 30 siglos de progreso científico que nos han llevado a la actualidad”, explica Marisa Fumetti, directora de la institución.

“Hay que poner el énfasis en una educación centrada en el aprendizaje y no en la enseñanza”, sentencia la profesora tras detallar que la clase de Primero C ha sido capaz de desarrollar un complejo sistema lingüístico basado en los golpes y los mordiscos. “¿Voy a imponerles mi propio paradigma alfabético? Eso es fascismo”, señala, insistiendo en que la “atención a la diversidad” debe ser un objetivo irrenunciable de los profesores.

“No se trata de enseñar al niño, se trata de que produzca conocimiento en un proceso de autoaprendizaje cooperativo”, insiste Fumetti, que señala como un éxito el hecho de que en

Primaria haya niños capaces de resolver complejos problemas matemáticos abrazando a la profesora.

Aunque ninguno de los grupos del colegio Aloe Vera ha sido capaz de llegar al Renacimiento o a la Ilustración y la mayoría de ellos parecen anclados “en una suerte de alta Edad Media”, el profesorado insiste en que “no hay que bloquear nunca a un niño diciéndole que está equivocado porque tiene razón a su manera”.

Según este sistema pedagógico, el niño debe cuestionar, preguntar por qué, tener capacidad crítica y ser capaz de construir un telescopio con sus propias manos y observar los movimientos celestes durante 50 años para deducir que existen irregularidades en la trayectoria de los astros que sólo pueden explicarse si la Tierra no está situada en el centro del Universo.

A última hora del día, diversos niños han quemado viva a Laura Martínez, una de las mejores alumnas de Secundaria, después de que ella asegurara que los humanos y los gatos podrían tener un ancestro común.

Este artículo del diario satírico *El Mundo Today* muestra de una forma tan amena como ácida el nivel de absurdo al que se está llegando en el ámbito educativo. No es el único ejemplo, en el mismo diario *on-line* podemos leer “Maltratar al profesor de música refuerza la autoestima de los niños”², o el impagable “Educación recupera como asignatura obligatoria la Medianidad (Durchschnittlichkeit) del Dasein de Martin Heidegger como inmediatez óptica del ente”³.

A pesar del humor, la idea que subyace a la sátira se me antoja realmente seria y trascendental. *Carthago delenda est*, —Cartago debe ser destruida— es la sentencia que la tradición atribuye al viejo Catón para coronar cada una de sus intervenciones ante el

venerable Senado de Roma. Catón, político de raza y retórico incisivo, hacía referencia a la acuciante necesidad de acabar con el último obstáculo que se interponía entre la Ciudad Eterna y su visión imperial en torno al Mediterráneo.

Y es que creo que en más de un despacho empresarial, en más de un foro internacional y en más de una institución económica, puede incluso que en buena parte del espectro político con representación en los parlamentos, esta premisa se expresa en afirmativo. Como muestra:

“Transmitir la verdad ya no corresponde a la escuela”, sentenciaba sin ambages Miguel Berrero, director de la Fundación Santillana, perteneciente al Grupo Prisa, en la entrevista publicada en El País, perteneciente al mismo grupo, el 24 de septiembre de 2019⁴. El título de este ensayo remeda al orador romano pero se cierra con un interrogante; quiero pensar que todavía queda tiempo para la reflexión y la oposición a las nuevas políticas educativas, antes de que la voluntad de unos pocos las convierta en un hecho consumado.

Lo políticamente incorrecto

Escribo esto con veinticinco años de edad, soy profesor de Historia y Geografía en la Enseñanza Secundaria y Bachillerato, y cuento con lo que considero una respetable formación materialista y clasicista. No puedo evitar sentir una honda preocupación por las derivas irracionales por las que navega el discurso de muchos opinadores de la educación. Demasiado a menudo la libertad de pensamiento y expresión se confunde con la vana opinión, y esto solo se agrava cuando la opinión se eleva a los altares como un derecho intocable, como pilar maestro del sagrado ego. También parece que el de opinar es el único derecho que estamos dispuestos a defender.